



Carta a una sombra

A MARCUS.

Santa Marta, 11 de diciembre de 1945

Mi querido hermano, estoy de vuelta en Bastidas, hace días que estoy en casa. No es como lo recordaba, ya no es esa casona vieja junto al mar con sus balcones golpeados por la brisa marina. Desde el balcón veo a los niños jugar en la arena, las olas golpean la costa mientras el sol se oculta tras el inmenso mar, hay unos pájaros junto a los cocoteros que revolotean en torno a mí mientras escribo, hace mucho calor. Me recuerda los días de nuestra infancia, ahora estoy aquí en este balcón todas las mañanas intentando recordarte. La casa está muy linda, la han reparado y ampliado...

—Aurelio, ven rápido; mira quien vino —. ¿No la recuerdas? Es Isabella, como no la vas a recordar. Vamos, pasa niña, ya lo verás después. Está algo cansado, eso es todo.

Isabella, Isabella, la busco en mi memoria. Es ella Isabella, no puede ser ella, porque me buscaría después de lo que pasó, después de lo que le hice... Isabella, la veo junto a mama Tere, si es ella. Recuerdo su pelo, era tan hermoso, es tan hermosa...

Recuerdas a Isabella, querido hermano, claro que si la recuerdas, yo trate de olvidarla, pero tú la amaste. Mamá no la quería, no podía permitir que nos juntáramos con esos negros... mucho menos con Isabella. Tú nunca hiciste caso y yo siempre tuve miedo, todavía tengo miedo, mucho miedo... Estaba en la cocina, allí la vi por primera vez... recuerdo el miedo en su mirada. Tengo que bajar, está en la cocina, escucho su voz, tengo que bajar...



—Ya cálmate y deja de llorar.

—No puedo, están vergonzoso pedir su ayuda.

La casa había cambiado no solo por las remodelaciones. Era la misma, pero había algo distinta en ella, su aire, su forma, tal vez el único que había cambiado era yo. Baje del balcón, las voces seguían viniendo de la cocina, los escalones crujían a mi paso.

—No hay vergüenza cuando se tiene necesidad y es su obligación, si te dice que no, ya arreglaré algo yo —escuché que decía mama Tere.

Está ahí atrás de la puerta, puedo oler su piel. ¿Recuerdas su olor a canela y camomila?

—Aurelio, vamos pasa, espero que recuerdes a Isabella —dijo mama Tere empujándome hacia ella. Nada más asentí. Después de tantos años por fin la puede ver de nuevo.

Quisiera ser más como tu querido hermano, pero no sería yo, ojalá pudiera decirle que lo siento y olvidar todo, pero no creo eso posible, veo el odio y el miedo en sus ojos y no sé cuál de los dos es peor.

—Si la recuerdo.

—Bueno, entonces los dejo para que hablen —dijo mama Tere. Isabella le dio una mirada de agonía mientras salía.

—¿Cómo has estado? —me dijo rehuyendo mi mirada.

Te contaría qué paso, qué me dijo y qué le dije, pero a duras penas tengo la certeza de que fue real. Hablamos mucho, hablamos de todo. Mama Tere, bajó dos veces pensando que nos matábamos y por primera vez siento que fui feliz. El odio en su mirada era tan agudo y su rabia tan grande que su miedo por mí desapareció. Y que Isabella no me temiera, era lo que más anhelaba. Tomé su mano ese día, me golpeó y recriminó como nunca lo hizo y yo estaba feliz. Sé que no falté a tu memoria. El miedo, junto con todo lo que temí y me carcomía por dentro se fue, siempre pensé que para que encontrara el amor otro lo tenía que perderlo, sé que lo entenderás, tú siempre supiste que la amaba y saber eso fue lo que te alejó de ella y de mí. Ojalá pudiera volver a verte...

Te escribo para recordarte y para que ella no te olvide, recordar el brillo del sol de tus ojos en los de ella, te escribo mientras camino por el muelle, recuerdas el viejo muelle. Mama decía que era peligroso como Isabella, pero nunca le hicimos caso. Ahora estoy en el muelle con mis pies mojados por el mar. La arena entre mis dedos se siente fría mientras el sol más caluroso de lo que recordaba me deslumbra con su fascinante hermosura. Te escribo aquí en el muelle junto al mar buscando una sombra que se fue hace mucho, tu sombra que ahora solo vive en ella. Es tan hermosa como Isabella, quiero que sepas que pienso en ti en cada momento, cuando la veo y que la amo espero que me perdones por no regresar antes y cuidar de ella. Hoy me pregunto si me podía llamar Papá, sé que estarás de acuerdo.





Diáspora Anfibia

Daniel Felipe Forero Molina

Hace muchos años que Vilma Garizabal vive en Buenavista, un pueblo de casas construidas sobre el agua, llamadas “palafitos”. Así nace la historia de una guerrera de la vida en un pueblo de pescadores que están dispersos por el mundo entero. Fue así como Vilma, descendiente del linaje Garizabal terminó siendo por varias generaciones la cantadora del grupo las Congo buenavisteras, en este pueblo de pescadores del caribe colombiano.

“Estaba más joven tenía como unos 19 años, mientras remaba en mi canoa para llegar hasta el manglar, escuchaba ruidos como de una persona dando alaridos, parecían perros con sonido de aullido lastimero o los sonidos semejante a los de la hiena, como una risa burlesca, es algo que no puedo describir.

Entonces en medio de mi viaje astral, como puedo llego a tierra firme en el manglar a ver qué pasa y veo en el centro un hueco lleno de agua y detrás de mí el rostro de algo o alguien reflejado en el espejo del agua.

Me dio mucho susto y salgo corriendo por que no sabía a qué me estaba enfrentando, entonces empecé a remar lo más rápido que pude, pero ese ser que alcancé a ver parecía que tenía como escamas en el cuerpo, como un reptil”.

Vilma estaba muy niña en ese entonces, era una pequeña traviesa con sueños y aspiraciones, de unos diez años y la mamá la llevaba a la escuela en Nueva Venecia un pueblo cercano a Buenavista porque es la única escuela de la región. La llevaba a rastras “porque yo si era floja pal estudio, lo mío era la guacharaca y el canto, rebelde y desbocada”, dice Vilma Garizabal.

“Recuerdo una historia que me marcó para siempre, como si hubiese pasado ayer”, cuenta Vilma mientras peina a una de sus hijas. Ellas no fueron las mismas después de ese suceso.

Recuerda la Masacre de Nueva Venecia, el 22 de noviembre del año 2000 cuando seis lanchas con 70 paramilitares del Bloque Norte salieron de Caño Clarín, llegan a un canal que comunica la Ciénaga y el mar Caribe, rumbo al corregimiento de Nueva Venecia, en la ruta asesinaron a cerca de 15 pescadores que en horas de la madrugada estaban trabajando en la Ciénaga Grande.



Una vez llegaron a Nueva Venecia, los ‘paras’ saquearon las casas y obligaron a la población a reunirse en la iglesia y con lista en mano seleccionaron a 15 pescadores, quienes fueron fusilados en el lugar. Con la sangre de los muertos los ‘paras’ escribieron: “Ahí les dejo los aguinaldos, que tengan una feliz Navidad”.

En su huida pasaron por el pueblo de Buenavista, donde mataron a una decena de personas más.

Las cifras oficiales señalan que los ‘paras’ asesinaron a 39 personas en esta masacre, pero los habitantes creen que los muertos pueden ser más de 50, ya que muchos desaparecieron en las aguas de la Ciénega.

Luego de estos hechos más de la mitad de los habitantes que tenía Nueva Venecia se desplazaron a Sitio Nuevo, Soledad, Palermo, Malambo y Tasajera, Barranquilla y Santa Marta pero también al resto del mundo, convirtiéndose en una diáspora.

Vilma relata la historia de un dirigente antillano que lideraba el movimiento.

Aparte de todo son más de sesenta jóvenes que con facilidad hubieran pasado a engrosar las filas de otros carteles: el de la guerrilla, el del paramilitarismo o el del narcotráfico.

En los viajes diarios de Vilma a Nueva Venecia, nos encontraremos el conflicto armado que aun adentrado en las aguas no escapa ni Buenavista y la violencia que ha llegado a azotar a este humilde pueblo de pescadores: como no hay trabajo los jóvenes sueñan con la oportunidad de echarse al río en una canoa cargada de ilusiones a la ciudad; la gente no se muere de enfermedades simples; y aunque rodeados de agua, el agua potable no existe y cuando llueve es muy poco lo que se puede recoger. Ese es el dilema más grande de Buenavista, rodeados de agua pero carecen del preciado líquido y de un alcantarillado, porque la mayoría de los residuos sólidos van a parar a la Ciénega.

Vilma nos cuenta esta historia importante del pasado, nos relata que hace veinte años este pueblo era un paraíso y ella era una niña llena de ilusiones y deseos de llevar sus sueños adelante.

Hace tiempo que ese lugar se convirtió en un territorio disputado por las fuerzas ilegales de derecha y de izquierda y por eso se originó el conflicto en esta zona, no solo querían apoderarse de la región por sus riquezas, sino también querían manipular el tráfico de personas para poder tener el control de quien entraba y salía.

Vilma por su parte, sabe que tomó la mejor decisión de su vida, ni antes, ni ahora, por mucho tiempo no tuvo dudas, es una soñadora, de espíritu libre que no nació para tener límites, sus cuentos y canciones, sus mil oficios lo demuestran, sin embargo, parece replantearse nuevamente las preguntas que en su juventud nunca se hizo.

Está cansada de la pobreza en Buenavista, del hoy que cada vez se parece menos al escenario que la sedujo hace tantos años.

Durante los últimos tiempos, hasta las relaciones con la comunidad se han malogrado, pero por lo menos es dueña de la casa que habita, es su pedazo de tierra o de “agua” que nadie le quitará jamás.

Vilma sueña con intentarlo de nuevo...

Uno de los más viejos del pueblo conoce a Vilma como si fuera su hija, él más que nadie conoce la historia de los seres anfibios que mutaron de las aguas para convertirse en seres humanos y poder sobrevivir en la Ciénega mezclándose con la gente de Buenavista.

Este anciano más que nadie conoce este mito, incluso es él quien lo ha transmitido a los más jóvenes incluyendo a Vilma, que él mismo cuenta como algo que hace parte de su vida, desde su propia experiencia, dice Don Miguel: “Yo tenía como veinte años y eso fue mucho tiempo después de los rumores acerca de los apariciones de los seres reptiles que aparecían en el espejo del agua, se dice que anteriormente estos seres mitológicos vivían en la Ciénega y no se dejaban ver por nadie, pero lentamente, mucho tiempo después que la Ciénega viviera el colapso ambiental por el que está atravesando, estos seres empezaban a sentir la necesidad de ir a otras aguas para conseguir nuevas fuentes de alimentos, así que poco a poco se fueron



adentrando en el corazón del manglar, entonces en la medida que los peces escaseaban y la competencia por lugar y alimento se intensificaba más, a estos seres se les vio obligados a tener que salir de las aguas más a menudo, entonces como los animales que tienen branquias para poder respirar tanto en el agua como en la tierra, fueron desarrollando habilidades que los hacía ir cada vez más a lugares secos, mutando para poder sobrevivir, empezaron a construir los palafitos y así tener la oportunidad de tener los dos ambientes, el agua y la tierra, pero desafortunadamente el deterioro ambiental de la Ciénaga cada vez los desplazaba más y más, donde la ciudad urbana se convirtió en una alternativa para poder sobrevivir”.

Mientras tanto Vilma, escuchando estos relatos que ya se sabe casi de memoria, toma uno de sus instrumentos musicales más preciados que tiene empolvados en un viejo cajón, al tiempo se viste con su traje de conguera, cantadora y danzarina del Baile Negro.

Todos los días hay conflictos a su alrededor: no solo para poder subsistir sino también con sus compañeras de grupo de baile, las mismas que iban de pueblo en pueblo como los antiguos viajeros cantando sones para ganar algunos pesos y amenizar las verbenas del pueblo.

Por lo menos una vez a la semana Vilma ensayaba con su grupo las congo buenavisteras, después de salir a pescar e ir al mercado de Tasajera a vender pescado, pero no todo es color de rosa, por falta de apoyo ya no tienen instrumentos musicales para tocar como lo hacían antes, no tienen recursos para las vestimentas, para los ensayos y poco a poco el grupo se fue desintegrando.

Vilma nos cuenta que la desmotivación es tan grande, que ya no se reúnen para los ensayos y cuando lo hacen solo van 2 o 3 del grupo.

Por ahora debe conformarse con la realidad actual, pues no tiene apoyo de nadie, uno de sus grandes sueños es visibilizar al grupo de las Congo Buenavisteras para que el mundo entero conozca su talento y así poder revivirlo, que la gente se dé cuenta del gran valor cultural que tiene Buenavista.

Será entonces cuando sepamos de Damaris, Luisa, Ana y las demás integrantes del grupo, todas mujeres, algunas ya han fallecido por lo que las han tenido que remplazar con hombres que saben tocar la caja o la guacharaca.

Pero este objeto, el misterioso Baúl de don Miguel, uno de los habitantes más viejos del pueblo, hace parte de la historia de las Congo Buenavisteras, ya que con sus historias y cuentos de seres reptiles de Buenavista también lograron involucrarse con integrantes del grupo donde nacieron canciones como “El Caimán se la Llevó”. Por eso todos defienden a capa y espada lo que hay en este misterioso baúl, se dice que contiene los secretos más ocultos de la historia de Buenavista, que hay un libro con cuentos e historias de sus antepasados, incluso se ha llegado a decir que tiene un mapa escondido con guacas de riquezas que apoyaban al famoso grupo que tanto tiempo entretuvo a la comunidad, pero que no deja de ser solo un cuento inventado por la gente.

Don Miguel es un maestro sabio que no duda en gritar o reprender con severidad cuando se cometen errores, pero los jóvenes muchachos lo conocen y al final parecen ser ellos quienes como si nada, solo se sientan a su alrededor a escucharlo, es en todo caso, una relación fraternal en la que el hombre más viejo de la Ciénaga se empeña en hacerles entender a estos jóvenes la importancia de la resistencia, de la responsabilidad y de la libertad de su estirpe.

Por eso, cuando quiere premiarlos, los convoca para una sesión de historias de miedo, realmente son aterradoras, mejor que ver una película de terror.

De cualquier forma en ese libro también tiene las fechas de los nacimientos de cada habitante de la región, por ello los conoce a todos, quién vive y quién muere.

Los muchachos gozan con estas enseñanzas. Disfrutan de Don Miguel y Vilma les recuerda siempre que no son simples cuentos o leyendas, que esto hace parte de la identidad de ellos como pueblo.



Vilma vive entre reptiles, ella lo presiente cada vez que se acerca el día más importante de Buenavista porque ese día salen todos sin temor a ser reconocidos, aunque sea muy difícil.

Ella ansiosa como toda la gente del pueblo espera para participar de la celebración más importante el 16 de julio en la procesión de la virgen del Carmen.

La parafernalia se centra en conseguir todos los elementos necesarios para vestir a la santa virgen y rendirle culto, cuando eso sucede las aguas de la Ciénaga empiezan a revolverse, como si supieran que la celebración de la Santa está cerca, o tal vez por la llegada del cura para bendecir el pueblo, que por cierto es como si el papa se dignara visitar Colombia, ya que sucede muy pocas veces.

El cura con su vestimenta púrpura como siempre, saldrá al caer el sol sin sotana y solo con el cuello clerical, tendrá que cumplir con el papel que la tradición le exige y que ha heredado de generación en generación, como corresponde.

El mes de julio es el más importante para la gente que vive en Buenavista, pues es la fiesta de su patrona, este mes tiene lugar también a una celebración heredada por completo de las tradiciones africanas como lo es el baile negro. La fiesta de la virgencita es una fiesta pagana, en la que la santa es la protagonista y donde la gente canta y baila al ritmo de las marimbas y también del baile negro, como un ritual para disfrutar y tomar alcohol sin límites.

Salen en sus canoas decoradas con flores y llenas de velas, al tiempo reman en sus canoas iluminadas con gran especialidad como un ofrecimiento a la virgen.

Es un espectáculo, para Vilma es la gran oportunidad de cantar con las Congo buenavisteras aunque sea solo 1 vez al año, y después como la cenicienta volver a su realidad y esperar el año siguiente.

Pero las fiestas han cambiado mucho y cada vez se contaminan más de la cultura de la champeta y el reguetón que impera en algunas zonas del país, cada vez se pierden más las tradicionales fiestas, “ya nada es como las de antes”, dice Vilma.

Sin embargo, siempre termina participando porque éste es el momento de encontrarse con los otros y de sentirse parte de Buenavista y de una cultura caribe que es única, para toda la gente del pueblo también es un momento importante.

Ellos buscarán a sus familias y celebrarán hasta el amanecer, al amparo del son del baile negro.

La fiesta de la virgen del Carmen será un motivo para generar en Vilma una reflexión que nos permita saber que sigue firme en su apuesta de rescatar las tradiciones de su pueblo y avivar su agrupación musical.

Que a pesar de la pobreza y de las grandes transformaciones de estos lugares, ella se queda. Porque como ella misma lo dice:

“La ciudad es muy hermosa, me encanta la ciudad, pero no cambio mi pueblo por nada, aquí vivo tranquila, me acuesto tranquila, me levanto tranquila, sin miedo a nada, nos acostamos tarde y aquí esto es lo mejor para nosotros, nuestro pueblo, porque es algo hermoso que vivimos aquí es algo hermoso porque a pesar que estamos así, no tenemos queja de nuestro pueblo”... Vilma Garizabal



